

M. Brito de Butter, *Fraternidad solidaria*, Herder, 2022, Colección “Rostros de la filosofía iberoamericana y el caribe”, Dirigida por Ricardo Espinoza Lolas, 168 pp.

El asesinato de Ignacio Ellacuría, acaecido el 16 de enero de 1989, está inscrito en la memoria intelectual del ámbito iberoamericano. Es testimonio del compromiso intelectual hasta las últimas consecuencias en condiciones del máximo peligro ante la irracionalidad de un orden represivo e injusto. Es sabido que Ellacuría era en ese momento el rector de la universidad jesuítica de El Salvador, la UCA, y profesor de su Departamento de Filosofía. Pero no siempre se menciona que, aparte de ser un académico brillante y intelectual con una participación de alto perfil en la vida pública, elaboró también un planteamiento filosófico original y de gran calado.

Marcela Brito de Butter presenta en *Fraternidad Solidaria*, volumen de la colección “Rostros de la filosofía iberoamericana” que dirige Ricardo Espinoza Lolas, los trazos fundamentales del pensamiento ellacuriano. En sus primeras páginas, más que repetir el gesto de relatar de su martirio, señala que este deriva del corazón mismo de quehacer filosófico transformado en forma de vida, que consiste no sólo en desentrañar la verdad de las cosas, sino de llevar la verdad al mundo. Esta convicción se funda en su contribución central de su planteamiento filosófico, la categoría de realidad histórica.

Ellacuría asienta su propuesta filosófica en la concepción de realidad de Xavier Zubiri, quien, en diálogo con los desarrollos más novedosos de las ciencias naturales de la primera mitad del siglo XX, la concibe como totalidad, pero no como un sistema cerrado e inmovible, sino como una totalidad estructurada, dinámica y abierta. Integra así una concepción novedosa de materialidad, que rompe los supuestos esencialistas de la tradición filosófica dominante, e incluye la apertura y el dinamismo como elementos constitutivos. De la mano de Zubiri recorre por los distintos niveles de realidad que culminan en el de mayor complejidad y, consecuentemente, de mayor apertura, la realidad histórica. Aquí se despliega la libertad del ser humano en toda su amplitud. Porque la historia no es determinismo ni fatalidad. Es apropiación de posibilidades. El legado de la actividad humana de generaciones no es un lastre ineluctable, sino “transmisión tradente”. Transmisión de realidades humanamente forjadas, de formas de ser y actuar, pero desde las condiciones propias en que esa transmisión llega a las nuevas generaciones. Lo “tradente” de la tradición conlleva pues siempre un aporte original. Recibir el pasado, pero desde las condiciones y opciones de las nuevas circunstancias. Es de notar que Ellacuría añade en esta dimensión un énfasis nuevo: lo político, pues insiste en que, en esta dimensión de la realidad se abre el terreno para una praxis liberadora. La praxis liberadora

que concibe Ellacuría debería realizar como fruto de la convicción y el conocimiento las posibilidades de autodeterminación y libertad para el ser humano.

Sin embargo, este camino no es directo. La apertura de la realidad, su elevación a niveles de mayor complejidad no es un *telos*, un movimiento predeterminado. La ruta posible hacia la liberación se ve contrariada por las circunstancias concretas adversas que surgen de las apropiaciones de posibilidades históricas por las que han optado los seres humanos. Pesan allí estructuras injustas y deshumanizantes, decantados de acciones pretéritas, que coartan y degradan la libertad humana. Allí sitúa Ellacuría, de manera sugerente y lúcida, el problema del mal. Lejos de ser una entidad abstracta o un mero problema de decisión individual, nos remite al centro mismo de la acción colectiva humana, a estructuras injustas cristalizadas, que reproducen y perpetúan la dominación y el sufrimiento. Se trata de un mal común como legado histórico.

Ellacuría especifica este mal común de nuestro tiempo y le da un nombre: la civilización del capital. En un largo tramo temporal que coincide con la modernidad, se ha construido a escala planetaria un tejido histórico que, hasta el día de hoy, genera injusticia y dolor, y mina a largo plazo las condiciones de una vida digna. Ellacuría descubría en el rostro sufriente de las mayorías oprimidas las marcas de una organización social perversa que enriquece a una minoría, empobrece a la mayoría y deshumaniza a todos. Por añadidura, la civilización del capital por su carácter depredador es inviable, no es universalizable, y nos pone a las puertas de la catástrofe. Todavía cuando la temática ecológica era incipiente en el debate público, denunciaba Ellacuría que el carácter destructivo de la sociedad moderna. Era una crítica de Ellacuría que iba más allá de develación y condena de las estructuras injustas del pequeño país de la periferia en que desarrolla su praxis, y apuntaba hacia el modelo civilizatorio que predomina en el mundo.

Ante este atolladero, vislumbra Ellacuría, en sus últimos escritos, una alternativa que denomina tentativamente “civilización de la pobreza”. Como bien advierte Marcela Brito, no es una idealización de la carencia. Se trata más bien de un esfuerzo de retomar los valores de solidaridad y reciprocidad que practican los desheredados de la tierra, no sólo para sobrevivir, sino para afirmar formas de estar juntos que tienen un sentido distinto a la acumulación material. No es casualidad entonces que Ellacuría señale que el sujeto de una posible ruta hacia la liberación son las mayorías populares. Aquí sus planteamientos resuenan con otros estudios sobre lo popular

como categoría de análisis social. Cabe traer a cuentas, el trabajo de Jesús Martín Barbero, para quien la cultura popular actualiza en el seno de la sociedad moderna de masas las memorias de resistencia a la violencia de los procesos de modernización.

La precisa síntesis del planteamiento de Ellacuría que nos ofrece Marcela Brito permite apreciar las posibilidades fructíferas que ofrece una obra filosófica extensa –y a veces de ardua lectura– para un diálogo con el pensamiento crítico contemporáneo. Ellacuría proporciona los fundamentos filosóficos que permiten integrar ideas que se han ido perfilando en estos territorios intelectuales después de su muerte. Cabe mencionar, entre muchas, las que provienen de la crítica decolonial, como el pensamiento situado, la colonialidad del saber, el poder y ser. También permite reconocer formas de opresión y de resistencia

que sitúan fuera del ámbito de producción económica del marxismo tradicional, como el género o la etnia, así como integrar el estudio de la subjetividad como terreno de disputa política.

En su tiempo, supo Xavier Zubiri nutrir su concepción de materia y de realidad de Zubiri al hacer un examen que de las innovaciones de las ciencias naturales del siglo XX. El énfasis que pone Ellacuría, en la dimensión política de la realidad humana, abre posibilidades fructíferas de diálogo con las ciencias sociales y otras tradiciones de pensamiento crítico que sabrán aprovecharse del territorio común de un pensamiento antiesencialista, no determinista y que reclama la búsqueda de la emancipación como máxima concreción de la realidad histórica.

Ricardo Roque